

EMILY DELEVIGNE

El
libro
de Skye

1ª Edición: Mayo 2016

©2016 by Emily Delevigne

©2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica (Group Edition World)

Dirección: www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

Diseño de cubierta:

© by China Yanly

Conversion a epub: Ediciones Coral

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL). Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos)

El libro
de
Skye

Emily Delevigne

Sinopsis

Cuenta la leyenda...

Cuenta la leyenda que una vez cada trescientos sesenta y cinco días, las dos mitades de un alma están destinadas a encontrarse. Una vez tiene lugar ese suceso mágico, deberán superar una dura prueba para poder vivir felices durante toda la eternidad.

Alba lleva una vida tranquila y apacible en Sevilla, donde comparte hogar con su tía Carmen, experta en todo lo relacionado con el mundo paranormal. Alba siempre ha preferido mantenerse al margen sobre esos temas hasta que algo con lo que no contaba llama su atención: un lugar especial, un libro mágico con una nota, y un viaje en el tiempo a la Escocia del mil cuatrocientos.

Cameron, laird del clan McLeod, no da crédito a lo que ven sus ojos cuando descubre en sus tierras a una joven emergiendo del Lago Ness, vestida con una simple manta. Este escocés rudo de mirada melancólica no imagina los sentimientos que la hermosa española removerá en su interior.

Dos almas destinadas a encontrarse. Vive la pasión en el comienzo de la saga Viajeros en el tiempo...

Dedicatoria

Con todo mi amor a mi grupo de las tres viajeras. Recuerdo con total exactitud nuestro primer viaje a Escocia y fuera de España. Hay pocos lugares que tengan tanta magia y belleza y nosotras pudimos disfrutarlo. Recuerdo cuando os conté la idea de este libro mientras dábamos un paseo en barco por el lago Ness, ¡quién diría que acabaría siendo publicado!

Cuenta la leyenda...

Se cuenta que el último día del último mes del año, las puertas del presente se abrirán al pasado durante veinticuatro horas. Entonces, ambos podrán fundirse en un solo, permitiendo la entrada y salida de aquel o aquella que desee viajar al pasado... o al futuro en caso contrario.

Esto se permitió cuando mucho antes de aparecer vida en el planeta Tierra, la primera esfera de vida fuese dividida en dos, cayendo en distintas partes del planeta. Ambas mitades estaban destinadas a encontrarse tarde o temprano... en la vida o en la muerte. Con la humanización y la edificación, las barreras impidieron que la mayoría de las mitades encontrasen a su otro igual.

La mayoría de ellas se juntaron con otras que, a pesar de guardar semejanza con su alma gemela, impidieron encontrar a su correspondiente.

Por ello, y solo por este motivo, se permitió que una vez cada trescientos sesenta y cinco días las mitades tuviesen la oportunidad de viajar en el tiempo, para encontrarse y formar un todo, complementándose la unidad.

Aunque para ello tendrían que pasar por una prueba. Una prueba definitiva que probaría la unión.

Una vez unida, nada ni nadie podría separarlas nunca más.

Capítulo 1

—Tienes cinco minutos, ¿me oyes? Cinco.

—¡Sí, sí, por supuesto! —Envolvió las viejas y nudosas manos del señor O'Neill entre las suyas mientras le dedicaba una de sus mejores sonrisas— ¡No tardaré más! ¡Ni se dará cuenta de mi presencia!

Soltándole, no esperó ni un segundo más para entrar en la antiquísima biblioteca del irlandés y recorrer todas las enormes filas repletas de libros, preguntándose por cuál comenzaría teniendo únicamente cinco minutos.

El señor O'Neill, irlandés y asentado en Sevilla desde hacía más de cuarenta años, era un hombre solitario y amante de los libros que apenas entablaba relación con nadie, excepto con su tía Carmen. Y esa era la razón de que se encontrase allí. Muchos la llamaría a partir de ahora *la afortunada*. Poca gente, por no decir nadie, había conseguido el permiso del viejo hombre para disfrutar del paraíso literario que poseía tras una puerta al final del salón.

Alba había estado suplicándole a su tía durante cinco meses que convenciera al señor O'Neill de dejarla entrar en su biblioteca, recibiendo un 'no' por respuesta de ambas partes. No sabía qué les habría hecho cambiar de idea pero allí estaba, respirando aquel olor a libros viejos y galletas caseras mientras se sentía como si estuviese en un castillo medieval del siglo XVII.

La casa del irlandés estaba construida sobre unas antiguas ruinas romanas que, desgraciadamente, habían sido tapadas antes de que el Ayuntamiento fuese consciente del patrimonio que estaban destruyendo. Una vez que el señor O'Neill pagó por esas tierras, nadie tuvo el derecho a echarlo, aún más cuando aquellas ruinas habían sido totalmente cubiertas con cemento, siendo imposibles reconstruirlas.

A manos de su tía Carmen, había oído el interesante rumor de que aquellas ruinas seguían de pie, en el sótano, para uso y disfrute del irlandés. No sabía si ella las había visto, pero lo que estaba claro era que Alba no tendría la oportunidad.

Mirando a su alrededor con deleite, pasó las manos por las viejas estanterías de madera de roble, tocando los tomos de los antiquísimos libros y encontrándolos en su mayoría en inglés, irlandés y escocés. Apenas alguno en español, entre ellos El Quijote y Campos de Castilla.

Sonrió.

«*Cómo no*».

Las obras eran tan vetustas que temía tocarlos por miedo a que se resquebrajasen en sus manos. Pese al gran amor que sentía por los libros, no se caracterizaba por ser una persona precisamente ágil en cuanto a tratar objetos antiguos se refería.

Se adentró aún más, perdiéndose entre el laberinto de estanterías hasta que pasó cerca de otro pasillo muy iluminado por una gran ventana cuyo marco era de madera con complicados truncados hechos a mano.

Retrocedió y miró aquel pasillo que formaban las altas estanterías, proyectando pesadas sombras sobre las pare-

des.

Avanzó un paso hacia la luz de la ventana. El suelo de madera crujió bajo su peso. Ignorándolo, avanzó nuevamente hasta mirar a través del cristal, teniendo que limpiarlo con el dobladillo de la camiseta al notar una pesada capa de polvo sobre ella. Frotándose los ojos con las manos, intentó enfocar la vista, creyendo haber visto prados verdes y un castillo medieval a través de ella.

Algo imposible cuando se encontraban en el centro de Sevilla.

Sonrió, aliviada, al ver la Giralda en todo su esplendor y el sol del atardecer ocultándose entre los edificios. Sí, todo estaba en su sitio.

Sorprendida, notó que el poco calor que hacía en esa habitación no tenía nada que ver con las usuales casas sevillanas. Parecía haber diez grados menos. ¿Cómo era posible? ¿La ubicación, quizás? ¿El tipo de material de las paredes no permitía la penetración de los rayos del sol?

Suspirando, se dio la vuelta para aprovechar el escaso tiempo que le quedaba en ese maravilloso lugar cuando su cadera dio contra una pequeña mesa, situada a su derecha.

—Mierda... —susurró dolorosamente, llevándose la mano a la zona golpeada.

Clavó los ojos en la pequeña mesa de madera, cuyo centro era de cristal raído, como si lo hubiesen golpeado con brusquedad, haciendo que el dibujo de un cardo en el centro estuviese algo distorsionado. Las patas de la mesa se juntaban a medida que subían, encontrándose hasta ser un todo.

Terminó de subir la mirada para encontrar un viejo y grueso libro en el centro. Las solapas duras de color morado oscuro, casi azules, estaban algo deterioradas.

Alba, inconscientemente, estiró el brazo y tocó el libro con las yemas de los dedos.

La retiró con rapidez y miró a todos lados.

¿Le permitiría el señor O'Neill tenerlo entre sus manos? Si aquel libro estaba separado de los demás, seguramente, sería por algo.

Humedeciéndose los labios, al no escuchar el sonido de sus pisadas, cogió el libro entre las manos y se puso de espaldas a la ventana, dejando que la luz impactase contra él.

En la dura portada estaba la silueta de un cardo. ¿No era aquello un símbolo nacional escocés? Se preguntó siguiendo el recorrido con los dedos. Quizás, fuese un libro sobre Escocia, un libro de cuentos infantiles, leyendas o...

El libro estaba frío. Muy frío.

—Qué extraño, no hace tan baja temperatura aquí dentro —dijo en voz baja.

Abrió el libro por la primera página, oyéndose el chasquido al pasar la cubierta. Con cuidado, lo apoyó contra su abdomen e intentó leer la primera página de color blanco roto con los bordes amarillos a causa del paso de los años.

Estaba en gaélico, averiguó al recordar unos escritos que el señor O'Neill había llevado una vez al restaurante. No entendía nada de nada. Los idiomas siempre se le habían dado bien, pero tampoco había profundizado en esa habilidad para explotarla y dedicarse a ello profesionalmente. El inglés lo manejaba con soltura y chapuceaba con el

francés y ruso. Si fuera inglés... Suspirando, pasó las páginas, esperando encontrar algo que pudiese entender... o al menos un dibujo. Poco a poco, aquella caligrafía comenzó a hechizarla, desde sus tortuosos enlaces hasta los signos que aparecían en algunas páginas.

Comenzó a pasear los ojos por las líneas, escuchando unas voces que parecían salir del libro hasta llegar al interior de su cabeza. Susurros, palabras ininteligibles que no conseguía descifrar, exclamaciones y más voces. Pasó la siguiente página con lentitud mientras se preguntaba si todo eso no sería más que el producto de su inalcanzable e ilimitada imaginación.

Su corazón dio un vuelco.

Tras terminar la página, pasó a la siguiente y así sucesivamente, sin ser consciente del tiempo. Poco a poco la habitación fue sumiéndose en la oscuridad, viéndose por la ventana el cielo de tonos anaranjados y morados que darían paso al anochecer, pero Alba no tenía interés en ello.

Estaba concentrada en aquel libro que poco a poco la unía a él más y más, las voces aumentaban y sus dedos pasaban las páginas solos, sin su ayuda.

En su cabeza se formaban imágenes de prados verdes y frondosos, húmedos por la fría lluvia que otorgaba un aspecto salvaje a la vegetación. Altas montañas ocultas de pálida nieve helada y niebla plateada, que bajaban por los valles para cubrirlos por las mañanas, seguidos de los impecables montes con una amplia gama de verdes existentes.

Con dificultad consiguió distinguir un castillo, un enorme castillo de piedra sobre una llanura. Estaba segura que desde aquella posición los enemigos no podrían sorpren-

derlos, tenían todo los flancos despejados. Algo más lejos se encontraba un lago de aguas oscuras, donde las ramas de árboles apoyados en sus orillas, acababan por caer en el embrujo del agua, ahogándose.

—Dios mío... —musitó— cuánta belleza.

Alrededor del lago había pequeñas casitas, dispersas, mientras que dentro de la muralla del castillo había más, juntas y sirviéndose de apoyo unas a otras, junto a unas cajerizas, un pozo y una herrería.

Una fresca brisa acarició su rostro perezosamente, cambiando su campo de visión por el castillo nuevamente. La imagen iba subiendo poco a poco, hasta que llegó a lo más alto de la torre del homenaje.

Había un hombre de espaldas, mirando el paisaje con las manos enlazadas detrás. Alto, muy alto, se dijo Alba mientras lo miraba intensamente. Su pelo era oscuro, parecía castaño con reflejos cobrizos por la incidencia de los haces de luz. Hasta los hombros y suelto, era movido por el viento con total libertad.

Sus anchos hombros estaban tensos, los fuertes músculos de su espalda advertían de él un hombre fuerte, grande y feroz, cubierto por una camisa ancha y blanca. ¿Dónde estaría? Se preguntó Alba, ¿sería un guerrero? ¿estaría quedándose dormida y soñando con aquel extraño? Tenía que admitir que era la primera vez que conseguía ver y sentir con tanta claridad, como si realmente se encontrase allí.

Si era un sueño, no quería despertar todavía.

De repente, Alba se percató de que el hombre llevaba un kilt.

Antes de que pudiese prestar intención a los colores, la imagen se fue acercando más y más a la figura, hasta que pudo sentir el calor manando de su inmenso cuerpo. Le llegó el olor masculino: fresco, a lluvia y a tierra mojada y menta. Inspiró con fuerza para luego soltar el aire con lentitud.

Alba quería estirar la mano, acariciar el pelo del hombre, ver su rostro.

Asustada, retiró la mano con rapidez cuando la tensión se hizo palpable en el ambiente. Poco a poco, el hombre fue girando sobre sus pies. Sus rasgos fueron quedando expuestos, arrebatándole el oxígeno de los pulmones con brusquedad.

Nariz recta, mandíbula suavemente cuadrada cubierta de un vello incipiente cobrizo claro y suavemente pronunciada... Masculino. Esa era la palabra. Era increíblemente masculino, irradiaba poder por todos los poros de su piel. Poder y fuerza. Tanta que la abrumó.

Cuando terminó de girar el rostro, el corazón de Alba se paró.

Grises. Sus ojos eran grises. Fríos, duros, impecables como la muralla de su castillo.

Y la estaban mirando a ella. Achicó sus ojos y dio un paso, estirando el brazo.

—*Wha urr ye? (Quién eres)*

El libro cayó de sus manos con un fuerte estruendo, sacándola de allí.

Alba gimió y miró aquel libro desde el suelo, con las manos todavía con la posición en el que lo había sostenido.